

## Trances

Los hechos cotidianos demuestran claramente, las oscilaciones y las alteraciones de la conciencia, que reflejan frecuentemente, los denominados fenómenos paranormales; desencadenados en ocasiones, por la propia psiquis del individuo, o también determinados por influencias externas; y que, por las características con que se presentan, la mayoría de las veces se revelan sobre la forma de auténticos trances, tanto provocados como espontáneos.

Los trances provocados, como el nombre lo dice, son desencadenados por causas bien determinadas y perfectamente avaladas. Tal es el caso del trance causado por los desvíos metabólicos, por ejemplo, el desequilibrio de ciertas secreciones internas, como la insulina del páncreas, que produce cambios en el metabolismo del azúcar, o la acción de la adrenalina, reguladora de la presión arterial; como también el que se produce con la ingestión indebida de alcohol, estupefacientes y tóxicos en general, generadores de una agresión sobre el funcionamiento del organismo y los respectivos reflejos en el psiquismo; con las técnicas hipno-analgésicas, que tienen el objetivo de alcanzar el sueño inducido que permita las terapéuticas invasivas y dolorosas; y con el hipnotismo que sumerge en un estado característico.

Los trances espontáneos, según el nombre lo indica, aparecen de súbito, no están bajo control y sus causas sólo pueden evaluarse posteriormente, como es el caso de los trances manifestados en determinados estados patológicos mentales, como ciertas neurosis y psicosis; y cuyos ejemplos típicos se encuentran en la epilepsia, en la histeria, en las manifestaciones delirantes y también en los estados catatónicos de los psicóticos graves.

El trance que más llama la atención, por ser absolutamente fisiológico, sin matices de anormalidad en su concepción central, es aquel de característica anímica o mediúmnica. En el primer caso los fenómenos tienen origen en el propio individuo, esto es, en sus propias fuentes espirituales y transportadas para la zona consciente, que permite las evaluaciones dentro del patrón de comprensión cotidiana. En el segundo, el trance se revela por la presencia de una entidad espiritual buscando un mediador a fin de transmitir su mensaje. De un lado, el espíritu, del otro lado el sensitivo o médium, esto es, el receptor de las ideas del espíritu actuante. La fuente de origen está ligada a energías espirituales externas, que contribuyen para que el individuo sintonice y homologue las informaciones; esto es, que se convierta en instrumento de los impulsos energéticos externos.

De esta manera, los fenómenos anímicos y mediúmnicos movilizan los dos grandes sectores psicológicos de la vida: la zona espiritual o individualidad, y la zona consciente o personalidad, ligada al aspecto material de las células físicas. La primera, poseedora de una característica de inmortalidad, recogerá y sedimentará todos los frutos de las experiencias de la vida; mientras la segunda es pasajera y desaparece con la muerte física, después de haber servido de protagonista en todas las vivencias que le permitieran experimentar las adquisiciones conscientes.

Los fenómenos anímicos pueden mostrarse en diversos grados y tonalidades, son bastante ricos en su aspecto y colorido, utilizando comúnmente, en sus manifestaciones, el sistema neurovegetativo, dentro de parámetros fisiológicos o levemente patológicos: representarían descargas espirituales de equilibrio, drenadas y manifestadas en la zona consciente.

De allí que se admite que muchas inexplicables sensaciones que el individuo percibe, sin el impulso de una causa externa, se generan en fuentes espirituales individuales, por tanto, de origen anímico; algunas de ellas fugaces, tanto placenteras como desagradables, pero capaces ambas, de modificar temporalmente las actitudes psicológicas del ser, y que representan sensaciones cenestésicas de difícil evaluación, clasificación y análisis. Ciertos éxtasis se ubicarían en este contexto, como también la descarga del psiquismo profundo en las capas del sistema simpático-parasimpático, demarcando las conocidas e indeseadas manifestaciones neurovegetativas, sin causa desencadenante aparente, cuyo mecanismo es aún incomprendido por la ciencia del psiquismo.

Se observó también, que la fenomenología anímica podría ser responsable de ciertas variaciones en la percepción del individuo, como los estados de mayor sensibilidad (hipersensibilidad), de reducción de sensibilidad (hiposensibilidad), y de los grados máximos de insensibilidad (anestesia), en determinadas regiones del cuerpo físico.

Otras veces, las manifestaciones anímicas ocurren bajo forma de símbolos e imágenes en la zona consciente, en una forma fraccionada, sin estructura adecuada e integral, mostrando un aspecto disperso. Estos retazos permitirían ampliar los capítulos de la Psicología con la idea de una zona inconsciente actuante en la vida de los seres, y los símbolos e imágenes percibidos en la zona consciente serían estudiadas y evaluadas por la Psicología Profunda, en numerosas escuelas que se desarrollaron según distintos criterios, y en épocas actuales constituyen los procesos de Psicoanálisis, de Psicología Analítica individual y familiar, y de Psicología Transpersonal.

Las efusiones anímicas pueden mostrarse más complejas, al punto de ofrecer no sólo símbolos e imágenes en forma de retazos o estructuras fragmentarias, sino también, verdaderas estructuras psicológicas de modo que revelan una nueva personalidad en acción, que en ocasiones se catalogaron de anomalía con doble personalidad, de oscilación periódica. Con todo, no se puede dejar de admitir la existencia de un fenómeno anímico auténtico y sin enfermedad característica, con la aparición de ciertas personalidades dislocadas desde los arcanos del psiquismo hacia la zona consciente, dominando por algún tiempo, el escenario psicológico del ser; como también la interferencia de una personalidad externa, característica de la fenomenología mediúmnica.

Efectivamente, entre los fenómenos anímicos de mayor expresión, se encuentran las manifestaciones de las personalidades pre-existentes en los archivos del espíritu, revelándose muchas veces, con una enorme riqueza de detalles, es decir, con una integridad estructural. La personalidad vivida en otra etapa reencarnatoria puede mostrarse en el consciente, ocupando a veces, toda el área de su propia vivencia y aparentemente eliminando en forma temporal, la personalidad actual. Ciertos casos registrados y estudiados por la ciencia muestran la veracidad de los hechos, aún cuando algunas escuelas psicológicas ven en todo eso, apenas demostraciones históricas de dos o más personalidades.

En la fenomenología mediúmnica se observan los más ricos y complejos trances. El intercambio mediúmnico exige la armonización de los campos vibratorios entre el espíritu comunicante (emisor) y el médium (receptor), que de un modo general, se sitúan en las respectivas organizaciones periespirituales de ambos. Cuando los campos energéticos que circundan ambas entidades mentales se ajustan realmente, las sensaciones del médium se tornan evidentes por su expresión mediante los reflejos en su campo material, donde el sistema neurovegetativo (sistema nervioso de las emergencias) representaría un verdadero campo de captaciones, es decir, que constituirían los medios de recepción o antenas de la mediumnidad.

Entronados los respectivos campos energéticos del espíritu y del médium, a fin de que en este último se despierte el proceso de ideación, se hace necesario transformar los rangos de los campos vibratorios espirituales, en los correspondientes al campo material. El órgano que tendría destacada actuación en esas transformaciones sería la glándula pineal o epífisis, cuyas recientes pesquisas la sitúan en una categoría de glándula con características psicológicas.

En el marco de esa mecánica mediúmnica, cuando se desencadena el proceso de ideación, en la profundidad de los arcanos de las vibraciones espirituales del médium, se produce lo que podría denominarse un verdadero metabolismo psicológico, directamente proporcional a su posición ética. Cuanto más moralizado estuviese el médium, más equilibrado y ajustado será el mensaje, por cuanto en su intimidad habrá aquello que se podrá denominar de selección y autocrítica de los impulsos de los mensajes por los automatismos espirituales o automatismos del inconsciente.

La zona consciente del médium sólo participará del proceso en la fase final de elaboración, y luego, la capa consciente exteriorizará lo que fue debidamente ecuacionado y manipulado en las fuentes del espíritu o núcleo del inconsciente. Es claro que diferentes elementos de la zona cerebral deben participar en la elaboración de toda esa mecánica, posiblemente el cerebelo como "aferente y encaje" del manifestante, y el sistema reticular ascendente, en la médula oblonga (bulbo) como coordinador de los cambios entre sueño-vigilia.

Existen seres humanos con gran sensibilidad psíquica y espiritual dotados de condiciones naturales por su aparato nervioso, su mentalidad abierta y su evolución biomagnética. La sensibilidad mediúmnica, con sus innumerables variantes, estaría en la dependencia del modo por el cual el periespíritu se acopla en la zona física, ubicado en el núcleo de las células. De allí que cuanto más atado a la materia, menor sería la sensibilidad mediúmnica, mientras que en el desacoplamiento del periespíritu, el campo perceptivo se ensancha y el médium o sensitivo participa de percepciones que trascienden los conocidos cinco sentidos.

Cuando el periespíritu está entrelazado al cuerpo físico, es como si sufriese una especie de absorción y apaciguamiento del campo energético, limitando su influencia a la zona consciente. Cuando se encuentra más desligado de la materia, o su campo energético, más allá de conducir y orientar la zona física, amplía su campo de percepción por no estar únicamente envuelto con la vida consciente.

El médium material se mueve en la dimensión terrestre y siempre hace lo mismo en una existencia. Son los psíquicos que asombran con sus clarividencias de orden físico y las psicometrías famosas en los anales de la investigación policial. El médium material estudia y trabaja, y muchos se convierten en profesionales.

El médium espiritual tiene una labor más extensa, pues a fuerza de estudio, trabajo y sacrificio logra desentrañar la verdad de la eternidad del espíritu. Sus clarividencias, sus videncias, sus traslaciones a otros mundos o parajes de la Tierra, puede proporcionar la historia de la evolución en este planeta. Es el que otea en el inmenso mundo invisible para los ojos humanos, es el instrumento que amplifica la apreciación y permite descubrir y explicar la realidad de todo lo espiritual.

Sin duda, se concluye que la fenomenología, por su carácter de espontaneidad, se refleja siempre, por su propio impulso. Esto es, la mediumnidad existe en grados bien específicos a cada ser, y se puede afirmar que no existen dos médiums iguales. Cada uno es un mundo aparte, aún si tiene la misma capacidad o especialización, pues el historial de un espíritu es distinto al de otro espíritu en razón de la ley de evolución. Pero se puede sostener que cada médium es un instrumento de fina o grosera percepción acorde con su grado de adelanto, y que cada día, en cada momento, va afinando las cuerdas de su espíritu mediante la práctica, el estudio de sí mismo y su evaluación mediante la comparación consigo mismo.

El médium se va formando a través de experiencias múltiples, en su proceso evolutivo palingenésico y nunca termina su aprendizaje y formación. Cabe al médium mejorar con ejercicios adecuados, educación y tantos otros factores positivos de la vida, la estructuración del mecanismo. Es como si la mediumnidad, para desenvolverse en excelentes condiciones, necesiten del bien como combustible ideal.

Cualquiera sea la variedad de mediumnidad que el sensitivo revele, tendrá que ser estructurada en el trabajo fraterno y en el ajuste de propósitos evolutivos, a fin de que se pueda recorrer una ruta con objetividad y finalidad. Ninguno podrá alcanzar los grados superiores e ideas de la vida sin pasar las vivencias de los grados inferiores, que le servirán de lastre o aliciente. Es en el trabajo digno de cada día, reservado a cada ser, que conseguiremos iluminar nuestros caminos y percibir mejor los horizontes excelsos que nos aguardan.

Se comprende también que el fenómeno mediúmnico es absolutamente individual, con múltiples sub-factores que imprimen, en cada médium, sus características personalísimas. Entre tanto, a fin de comprender el proceso, se puede intentar explicar por su aspecto general semejante en la totalidad de sus casos, donde se notan tres fases distintas: la primera caracterizada por las vibraciones espirituales afines (encuentro del espíritu y el médium) mostrando la existencia de un campo emocional en desarrollo; la segunda fase sería el desarrollo de la ideación del mensaje, es decir, el campo intelectual; y finalmente, en la tercera fase, con la expresión final del mensaje, o lo que es igual, el campo sensitivo. En consecuencia, se resume que en la mediumnidad, existe una fase emocional (encuentro de vibraciones), una intelectual (ideación del mensaje) y una sensorial (expresión final del contenido).

Por todo esto, se debe puntualizar muy bien la importancia del trance, en virtud de sus múltiples variedades y las enormes posibilidades de error en la evaluación, a fin de que el acto mediúmnico sea correctamente traducido, con lo que se asegura la posibilidad de evitar en el campo mediúmnico, factores de todo orden, inclusive los de la patología mental, como condición necesaria de un supuesto desarrollo mediúmnico.

Como no existen en el panorama de la vida, posiciones estáticas, la dinámica mediúmnica avanza en constante desarrollo, en el cual el proceso de incorporación, en sus variedades consciente, semiconsciente e inconsciente, dependerá de la elección del comunicante o entidad espiritual, y el proceso mediúmnico será sustituido poco a poco, por mecanismos en los que el propio médium tiene una actuación más participativa y efectiva.

En la mediumnidad de incorporación, la irradiación de la entidad espiritual que se comunica es bastante más activa que la participación del médium, por lo que puede ser denominada mediumnidad receptiva, en la cual el médium recibe pasivamente lo que le impone el comunicante.

En el segundo caso, el médium ejercería por su voluntad, una especie de búsqueda, e impondría en forma inconsciente, una fuerte carga afectivo-emocional, lo que contribuiría a la ampliación de sus antenas mediúmnicas, es decir de su campo de irradiación periespiritual; y con eso, pasaría a traficar en las corrientes superiores del pensamiento, buscando ideas más precisas en la definición de sus inquisiciones. En este caso, se tendría otra variedad mediúmnica, que se podría denominar mediumnidad captativa.

La región cerebral más adecuada a tal cometido sería la de los lóbulos frontales, donde deben existir centros nerviosos específicos, en virtud de sus precisas funciones, al mismo tiempo que la activación y la cooperación del hemisferio cerebral derecho; en tanto que en el tipo mediúmnico basado en el proceso receptivo, serían más solicitados los centros de la corteza cerebral. Es decir que en el mecanismo receptivo tiene preponderancia el proceso analítico, mientras que en el mecanismo captativo, sobresale el proceso sintético, o lo que es igual, el intelecto en el proceso receptivo, y la intuición, en el proceso captativo.

Actualmente se acepta como cierto, que el lado izquierdo del cerebro, donde existen los centros del lenguaje, es la región de programación racional, los hechos analíticos que componen las vivencias cotidianas en la pesquisa intelectual. El lado derecho del cerebro estaría ligado a los procesos creativos, imaginativos, al talento artístico y a todos los componentes de la intuición. En consecuencia, sus funciones están ligadas a las diferentes modalidades de la comunicación mediúmnica.